

El rescate de los yukar: la tradición oral del pueblo ainu.

Pedro Martín González

La ausencia de literatura en la cultura de los ainus de Ezochi –Hokkaido- no fue obstáculo para que una tradición oral, transmitida de generación en generación, supiera guardar el pensamiento mágico de los aborígenes del norte del archipiélago japonés, sirviendo de fuente de conocimiento a sus habitantes. No obstante, debido a la falta de interés de las instituciones, el acoso al que se vio sometida la población en los últimos tiempos de la dictadura Tokugawa, el poco apoyo que recibiera del gobierno central en los inicios del período Meiji, la incultura de los propios aborígenes, la rápida colonización, el mestizaje o el alcoholismo, la situación que vivía el pueblo ainu presagiaba la extinción de su cultura.

Estas antiguas sagas, denominadas *yukar*, explicaban el universo ainu, describían tanto la formación del mundo de los hombres –*ainu moshir*- como la del mundo de los dioses –*kamui moshir*- constituyendo un tesoro de valor incalculable para la lingüística, un patrimonio que, debido a las circunstancias sociales y políticas acontecidas, pudo haber desaparecido si no se hubiera interpuesto la voluntad, y el esfuerzo, de un grupo de hombres y mujeres empeñados en rescatar del olvido, no solo estas antiguas leyendas, también el grueso del patrimonio cultural ainu.

En efecto, un trabajo de tal magnitud fue resultado de un largo proceso en el que intervinieron diferentes actores, entre los que destacaremos a John Batchelor por ser, tal vez, el detonante de una serie de movimientos culturales, sociales y políticos que afectarían al devenir del pueblo Ainu y culminarían con la aprobación de la *Ley de Protección* de los antiguos aborígenes de Hokkaido.

John Batchelor nació en Sussex, Inglaterra, en 1854. Después de estudiar en la escuela de teología de Londres marchó como misionero a Hong Kong. Una malaria indujo a su médico aconsejarle que cambiara de clima, trasladándose entonces a Japón. Barchelor llegó a Hokkaido en 1877 instalándose en Jakodate, donde otro misionero, el también británico Walter Dening, había desarrollado su tarea evangelizadora. Al tomar contacto con la población autóctona, el joven clérigo decidió dedicar todo su empeño en la evangelización del pueblo ainu. Batchelor se implicó en la comunidad, aprendió su lengua, visitó comunidades atendiendo sus necesidades, y estableció varias escuelas donde se formarían los futuros misioneros encargados de transmitir la fe cristiana entre su pueblo. La resultante de todo este proceso fue la apertura de un gran número de escuelas públicas que contrarrestaron la labor del sacerdote y abocaron al cierre los centros fundados por el misionero.

Tras este episodio, Batchelor se trasladó a Sapporo en 1891, retomando allí su labor como docente. Él y su esposa, Mary Briant, crearon una nueva escuela en su propia casa, donde dedicaron su tiempo a la enseñanza y formación de las futuras misioneras. No obstante, en esta época de su vida se produjo en él una transformación que le condujo a interesarse más en profundidad por la cultura ainu, recopilar historias populares, escribir libros, publicar investigaciones etnográficas, editar un diccionario ainu-inglés, promocionar a jóvenes poetas y escritores, fundar varias revistas o embarcarse en otras empresas educativas. A pesar de sus denodados esfuerzos en pro de la prosperidad y los derechos de los ainus, el clérigo no se deshizo del sesgo religioso, un pensamiento muy unido a su fe protestante que rechazaba la falta de compromiso con el trabajo diario, justificando, en cierta forma, la colonización y explotación de la isla de Hokkaido por parte del poder central.

El 1906 el matrimonio Batchelor adoptó a Mukai Yaeko cuando la joven tenía veintidós años. Yaeko, hija biológica de un importante dignatario ainu fiel seguidor del misionero, había asistido a las clases de Batchelor en la ciudad de Sapporo. Transcurrido un tiempo marchó a Tokyo para continuar su formación y, más tarde, desempeñó su labor evangelizadora en las ciudades de Biratori y Noboribetsu, en la isla Hokkaido. Animada y apoyada por su padre adoptivo, Yaeko publicó una antología de poemas titulada *Para los jóvenes ainu*, convirtiéndose en una de las primeras referencias de la causa reivindicativa de su pueblo. Al fallecer su padre adoptivo, Yaeko pasó a ser albacea de gran parte de las publicaciones de Batchelor.

En 1918 se produjo el encuentro entre John Batchelor y el hombre que, con la ayuda de tres extraordinarias narradoras de origen ainu, Monashinouku, Kanari Matsu y Chikie Yukie, compilaría el grueso de la tradición oral de los *yukar*: Kindaichi Kyosuke.

Kindaichi era un destacado lingüista, profesor de la universidad de Tokyo y apasionado de la cultura de los pueblos indígenas de Hokkaido, empresa en la que había empeñado su prestigio recopilando innumerables *yukar*, que pretendía traducir al japonés para que ese conocimiento ancestral no cayera en el olvido y pudiera ser disfrutado y valorado por las generaciones venideras. Batchelor recomendó a Kindaichi visitar a las tres mujeres en la misión de Chikabumi, donde Matsu, hija de Monashinouku, ejercía su docencia. En su excelente obra titulada *La literatura de resistencia de las mujeres ainu*, la antropóloga mexicana Yolanda Muñoz González anota que Kindaichi quedó altamente impresionado en su primer encuentro con la familia, un acontecimiento crucial para el desarrollo de su investigación que reflejaría con detalle en su libro: *Chikabumi no Ichiya: Una noche en Chikabumi*.

Kindaichi había publicado su primer trabajo sobre la tradición oral ainu en 1907, siendo aún un joven investigador. A este ensayo siguieron otros posteriores, que irían clasificando de manera más detallada las sagas tradicionales de los aborígenes según temáticas: dioses, héroes, espíritus, amor, rituales, ceremonias, etcétera. Sus escritos

impulsaron a otros universitarios a interesarse por las tradiciones orales ainu y su lengua, algo que no haría sino avanzar en el deseado respeto que esa minoría étnica merecía y demandaba.

Además de ser conocida como contadora de historias, Monashinoku, la matriarca de la familia, ejercía el chamanismo en la ciudad de Jorobetsu, donde residía. Se decía de ella que tenía un gran talento para narrar las viejas tradiciones de su pueblo, una práctica que, además de ofrecer entretenimiento a quien escuchaba, era muy apreciada entre la población, pues salvaguardaba la mitología ainu y la epopeya histórica de los ancestros. La familia adoptaría el apellido Kannari para adaptarlo a los requerimientos del nuevo régimen de Japón. Al fallecer su esposo, Monashinoku, con dos hijas, tuvo que hacer frente a una situación muy adversa pues, como la tradición exigía, todos los bienes de su marido pasaron a manos de la familia paterna. La mayor de las hijas del matrimonio, Imekanu, tomó el nombre japonés de Matsu. A la menor la llamaron Nami.

Los primeros contactos de Batchelor con la familia Kanari se produjeron varios años después de su llegada a Hokkaido, siendo gracias a su ayuda que el clérigo se iniciaría en el estudio del idioma ainu. Las dos hermanas tuvieron una educación similar, asistiendo a las clases de Batchelor y realizando su vocación misionera hasta que sus vidas tomaron caminos distintos separándose en 1902, momento en el que la menor de ellas, Nami, contrajo matrimonio. En 1903 nacería Yukie, la primogénita de Nami. En 1908 Nami daría a luz a su hijo Mashijo.

Las tres mujeres de nuestra historia –Monashinoku, Matsu y Yukie- se reunieron en la misión de Chikabumi, en la ciudad de Asahikawa, donde Matsu ejercería su trabajo como educadora durante gran parte de su vida. Yukie marchó a vivir junto a su tía y abuela, quienes le transmitirían el amor por las tradiciones de su pueblo a través del aprendizaje y narración de los *yukar*. Los años transcurridos en Chikabumi fueron de gran fecundidad para Yukie, y de mucha utilidad para la gran misión que le esperaba cuando trabajara junto al doctor Kindaichi.

El encuentro con el lingüista fue determinante para la joven Yukie, que se comprometió a dedicar su talento como narradora para apoyar de esta manera la causa de su pueblo y preservar del olvido aquellas historias que había escuchado cantar a su abuela Monashinoku y a su tía Matsu. Al finalizar sus estudios, Yukie marchó a Tokyo invitada por el lingüista, pudiendo concentrarse por entero en su tarea durante su estancia en la capital. Desde aquel primer contacto, Yukie fue enviando regularmente sus escritos al profesor. El compromiso de la joven aumentó y regresó a Tokyo nuevamente para trabajar junto a Kindaichi. Desgraciadamente, Yukie falleció a causa de un infarto a los pocos meses de su llegada. Su último trabajo, *Colección de canciones de los dioses ainu*, se editaría póstumamente.

Matsu se jubiló al cumplir cincuenta años, siendo aquel el momento en el que decidió continuar la labor que iniciara su sobrina. Había continuado apoyando la causa del pueblo ainu en Chikabumi enseñando la lengua, compartiendo las viejas canciones e involucrando a los jóvenes en la tarea de rescatar la cultura de su pueblo, pero ahora quería ir más allá y contactó de nuevo con el profesor Kindaichi para trabajar juntos en los *yukar*. El resultado fue excelente y la narradora entregó al lingüista numerosos cuadernos con un material muy bien elaborado.

Se dice que Matsu continuó escribiendo hasta el final de sus días y que su trabajo fue tan productivo que el profesor no vivió el tiempo suficiente para traducir al japonés todas las narraciones que le ofreció. No obstante, el relevo llegó de manos del sobrino de la narradora, el hermano de Yukie, Mashijo, un joven lingüista que dominaba tanto el japonés como el ainu, razón por la cual no tuvo problema alguno en traducir las historias que le cantaba su propia tía. Años más tarde, estos trabajos se publicarían en diferentes editoriales del país. En 1956, Matsu fue declarada *Patrimonio inmaterial de Japón* por su contribución a la preservación de la tradición oral de los *yukar*. La narradora falleció en 1961. Mashijo lo haría poco después de su tía. A día de hoy, los *yukar* ainus forman parte del patrimonio cultural de Japón y han alcanzado el respeto de los académicos más prestigiosos ocupando, finalmente, el lugar que siempre les perteneció.